



Revista Geográfica Venezolana

ISSN: 1012-1617

regeoven@ula.ve

Universidad de los Andes
Venezuela

Altez, Rogelio

Historia sin memoria: la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el estado Vargas-Venezuela

Revista Geográfica Venezolana, vol. 46, 2005, pp. 313-342

Universidad de los Andes

Mérida, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=347730361018>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Historia sin memoria: la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el estado Vargas-Venezuela

History without memory: the quotidian recurrence of disastrous events in Vargas State–Venezuela

Rogelio Altez¹

Recibido: marzo, 2005 / Aceptado: abril, 2005

Resumen

Los recientes eventos hidrometeorológicos de febrero de 2005 en el estado Vargas, volvieron a recordar a habitantes, opinión pública y autoridades, la recurrencia y cotidianidad de estos hechos en toda la región litoralense. Sin embargo, la propia ocurrencia de este evento (menor en sus características al de 1999), representa el sentido contradictorio que significó la catástrofe vivida cinco años atrás: ausencia de respuestas, inversiones perdidas, utilización a conveniencia de la tragedia, repetición de las graves consecuencias económicas y sociales, inmediatez en las decisiones y la renovación del dolor común. Por otro lado, destacó un aspecto importante: el recuerdo vivo en las comunidades de la tragedia anterior, permitió la puesta en práctica de recursos adaptativos ante el evento, logrando con ello salvar vidas y una rápida recuperación afectiva. Sin embargo, entendiéndolo que *recuerdo* no significa *memoria*, la interrogante acerca de si es posible afirmar que ya se obtuvo una ganancia estructural en la memoria de la sociedad de la región, respecto de la recurrencia de estos eventos y de la convivencia con ellos, continúa vigente. En este trabajo se explora esta problemática y se revisa el perfil histórico de los desastres en el litoral.

Palabras clave: estado Vargas; desastres; memoria; catástrofes históricas.

Abstract

The recent hydrometeorology events in February 2005 at Vargas State, made inhabitants, public opinion and authorities remember recurrence and daily character of these facts on the entire coastal region. However, this event occurrence itself (minor in his characteristics to the one of 1999), represents the contradictory sense that meant the catastrophe lived five years ago: Lack of answers, lost investments, utilization of the tragedy for personal convenience, repetition of serious economic and social consequences, immediacy in the decisions and the renewal of the common pain. In addition, an important aspect is highlighted: The lively recall of the previous tragedy communities allowed the implementation of adaptive resources to face the event, succeeding in saving lives and a fast affective recuperation. However, understanding that *recall* does not mean *memory*, the question of the possibility of affirming that a structural profit in the region society memory has already been obtained with respect to the recurrence of these events of the cohabitation with them, is still present. This problem is explored in this work and the historic profile of disasters on the littoral region is also checked.

Key words: Vargas State, disasters, memory, historic catastrophes.

1 Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Escuela de Antropología, e-mail: ryaltez@cantv.net

Introducción

Cuando en el reciente mes de febrero de 2005 el estado Vargas (Figura 1) se alistaba a recibir a los tradicionales temporadistas de la semana de carnaval, el gobierno regional y la mayoría de los habitantes se ufanaban de volver a esperar un lleno total en playas y malecones, como generalmente ha sucedido. Algunos pesimistas, mientras tanto, comentaban el anuncio de una vaguada que coincidía con aquellos días de celebración, relajamiento y festividad. Entre caravanas y bailes, bronceador y tráfico, hacia el martes 8 de ese mes comenzó una larga cadena de horas de lluvia que no tardó en decepcionar a todos.

En efecto, entre el 8 y el 10 de febrero de 2005 la anunciada vaguada descargó cerca de 36 horas de lluvia, con lo cual, nuevamente, todo el litoral central recordó las angustias padecidas cinco años atrás, cuando en diciembre de 1999 se perdiera una buena parte de sus referentes urbanos y cotidianos. A pesar de ello, debe destacarse que las lluvias de febrero de 2005 no calzan los puntos del '99. Se trató de un evento de menor consideración en relación al anterior de aquel diciembre (Altez, 2005a), cuyo impacto, ciertamente, se debe a la desatención y desaciertos en las decisiones tomadas para mitigar el retorno de un evento similar al de 1999 (Altez, 2005b).

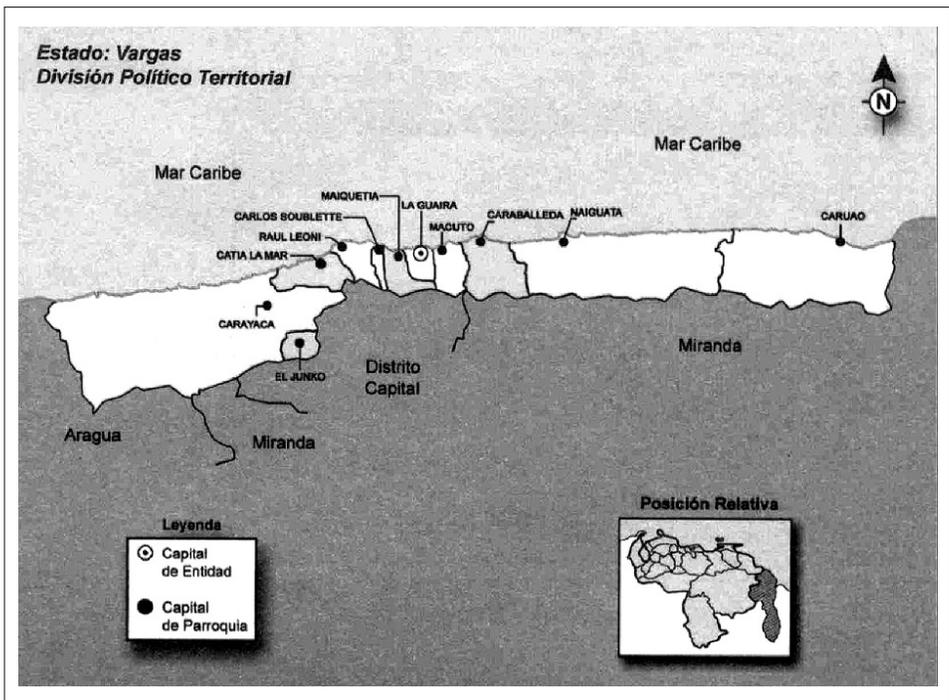


Figura 1. Ubicación relativa del estado Vargas. Tomado de Revet (2004)

En todo caso, la cuestión fundamental de la comprensión de los desastres en la región litoral, específicamente en el estado Vargas, no se halla en las malas decisiones o los desaciertos coyunturales de gobiernos de turno o contratistas inescrupulosos, sino en entender que toda la zona convive con amenazas naturales y que las mismas se han convertido en hechos catastróficos a lo largo de todo el proceso histórico de la región. Es por ello que lo importante en este caso es *convertir el conocimiento histórico en memoria*, de manera que la sociedad expuesta a esas amenazas, logre desarrollar mecanismos adaptativos para enfrentarlas exitosamente y asumir (o bien, cristalizar) una cultura del riesgo capaz de mitigar las vulnerabilidades.

Esa vulnerabilidad, representada en un desarrollo urbano invasivo de las zonas de mayor actividad de fenómenos potencialmente catastróficos, e incrementada en la profundización de la desigualdad social, el desconocimiento del entorno y el ambiente, y la solidificación de las relaciones clientelares, debe entenderse como *vulnerabilidad estructural* (Altez, 2000). Ya antes Wilches-Chaux (1993), había señalado a la vulnerabilidad social como responsable de la ausencia de acciones concretas capaces de responder exitosamente ante los desastres, refiriéndose a las relaciones más íntimas de las comunidades como una *vecindad meramente física*; sin embargo, este autor se refería a aspectos mucho más inmediatos y no a características profundas. En este caso, la noción de estructura hace mención a aspectos simbólicos, no per-

ceptibles en tiempo vivido, cuyas consecuencias alcanzan niveles históricos y culturales.

En este sentido, uno de los problemas más claramente advertidos como consecuencia de una vulnerabilidad estructural, se encuentra representado en la ausencia de memoria, donde la sociedad naufraga en un presente sin base, suspendida entre tres dimensiones concretas y de espaldas al pasado, al que sólo se le reconoce de manera alucinatoria, como un referente romántico o mítico, pero nunca real. Ello implica un desconocimiento grave del entorno en el cual sobrevive y un olvido sistemático (Altez, 2000), de las propias condiciones que construyeron la realidad en la que se desenvuelve. En el caso del estado Vargas (sobrentendido como región y no como ente jurisdiccional y administrativo), el olvido de su pasado, o bien el desconocimiento certero de los hechos que contribuyeron a su presente actual, ha representado una buena parte de la responsabilidad en las consecuencias catastróficas de los últimos desastres padecidos.

A pesar de ello, y advertido como un aprendizaje de esta generación, en las lluvias del reciente carnaval, la sociedad expuesta ante una repetición factible de lo sufrido cinco años antes, logró desplegar recursos positivos que le permitieron enfrentar de manera más exitosa los embates de un desastre. Aferrados a un recuerdo (esto es: un hecho pasado aún sensible), fue posible reducir las víctimas a números casi no significativos y recuperar afectivamente la cotidianidad en poco tiempo. Si el recuerdo contribuye a

la consolidación de la memoria en esta sociedad, eso está por verse. Mientras tanto, se comporta como un fantasma: un hecho terrible que tiende a repetirse, tan importante en presencia como en ausencia.

Sobre las condiciones naturales de la región

El estado Vargas de Venezuela se ha consolidado históricamente en torno a la actividad portuaria que sirve a la ciudad de Caracas. En este sentido, La Guaira como poblado y como puerto, ha sido el referente de la región, concentrando en su entorno a la mayoría de la población. El atractivo del lugar, en tiempos fundacionales, no estuvo en la funcionalidad del lugar como puerto, sino en la cercanía a Caracas. Los españoles que exploraron el entorno buscaban un acceso rápido al valle en el cual, pronto, plantarían una base expansiva hacia el hinterland del actual territorio venezolano. Las condiciones naturales de la región, de una manera u otra, dificultaron los asentamientos y la viabilidad de un desarrollo mayor. El litoral central es una estrecha franja que recorre la costa entre montaña y mar. La descripción de Cunill Graü (1987, I: 482), coincide con estas afirmaciones: *“Ha sido una constante geohistórica la interrelación funcional entre la ciudad de Caracas y su Litoral próximo, particularmente con el puerto de La Guaira, conformándose una microrregión bastante homogénea en el sector comprendido entre las localidades de Chuspa y Chirimena-Ari-*

cagua. Son paisajes costeros de terrazas litorales muy poco desarrolladas, playas estrechas y sectores de conos de deyección de la cadena del Litoral del Tramo Central de la Cordillera de la Costa que se presenta aquí alta y abrupta con alturas de 2.640 mts. en la Silla de Caracas y 2.675 mts. en el Cerro Naiguatá. Sólo el surco de Tacagua corta esta cadena del Litoral posibilitando las comunicaciones históricas del valle de Caracas con este litoral caribeño, ello lleva a denominar esta microrregión como Litoral Central Caraqueño”.

En esta región se desarrolló desde el siglo XVI el poblamiento del litoral central, signado por la dinámica propia de la naturaleza que le conformó y continúa afectando periódicamente. Humboldt se refirió a la zona como una *“costa peñascosa y muy elevada, presentando sitios tan agrestes como pintorescos. (...) En todas partes son escarpadas las montañas y de una altura de tres o cuatro mil pies...”* (Humboldt, 1956, II: 210-211). Desde esas características, una población que hacia 1816 (Díaz, 1817), reunía entre La Guaira (1.976), Macuto (894), Naiguatá (541) y Maiquetía (1.209), poco más de cuatro mil personas, en 1999 contaría con 308.303 habitantes (según estimaciones de la OCEI, 1997).

En esa estrecha franja ya observada, la población se fue asentando en los pocos espacios que permitieron el crecimiento urbano, es decir, en aquellas terrazas señaladas por Cunill Graü, las cuales recorren abruptamente la región, formadas por los sólidos que eventualmente descienden desde lo alto de las

montañas hasta descansar en sus abanicos aluvionales. *“No menos de diecisiete ríos de pequeño caudal que bajan de la sierra, por cuyas aguas se puede ir en bote durante un trayecto de dos o tres millas tierra adentro a través de estos estrechos valles, que más bien parecen grietas abiertas en la montaña, y a lo largo de los cuales florecen hermosos cañamerales y cacaotales.”* (Duane, 1968, I: 12).

La cordillera de la Costa, en donde se despliega el actual estado Vargas, *“es un alta serranía que se desplaza paralelamente a la costa del Mar de las Antillas o Caribe,... [que] presenta sus mayores elevaciones en su tramo central entre las cercanías de la ciudad de Caracas y las poblaciones costaneras de Maiquetía, La Guayra, Macuto, etc. (...)”* (Röhl, 1949: 34-35). Garner (1959:1333-1334), diría que *“The northern slope of the Cordillera de la Costa is steep and descends from an altitude of slightly less than 2 miles to sea level in a horizontal distance of about 6 miles.”* *“Al visualizar el tramo de la Cordillera en consideración, en sentido Este-Oeste puede notarse un claro escalonamiento que muestra grados distintos de exhumación de las rocas más viejas. El macizo del Ávila propiamente dicho corresponde a los bloques Galipán y Naiguatá.”* (Urbani, 2002). Este macizo adquiere su aspecto actual en el Neógeno (Schmitz *et al.*, 2000) y está compuesto principalmente por esquistos y gneisses de edad Paleozoica-Precámbrica, removilizados al final del Paleozoico (Urbani y Ostos, 1989).

Continuando esta descripción que asciende histórica y científicamente es-

calando autores y estudios dedicados a la región en sí, debe agregarse, asimismo, que el levantamiento tectónico de la región continúa activo (Singer, 1977), y que la misma se ve afectada directamente por el sistema de fallas de San Sebastián, cuyo nombre se debe a la localidad de San Sebastián de Maiquetía. Este sistema de fallas, con accidentes dextrales, forma parte del sistema principal Bococonó-San Sebastián-El Pilar, registrando un movimiento con un promedio de 1 cm/a (Audemard, 2002).

San Sebastián de Maiquetía, hoy totalmente conurbada con La Guaira y el resto de los antiguos desarrollos coloniales del litoral, conforma un solo cinturón urbano continuo desde Mamo y Arrecife, al oeste de Catia la Mar, hasta la urbanización Tanaguarena, al extremo este de Caraballeda, interrumpiendo esta continuidad por la carretera hacia Naiguatá, la cual se despliega en una delgada cornisa que bordea la costa y se halla flanqueada por elevados taludes y prolongadas torrenteras. En medio de esta carretera, se ubicaba la población de Carmen de Uria, arrasada por los aludes de 1999 (Figura 2).

Con estas características, está claro que el litoral central se ve severamente amenazado por riesgos *sísmicos* (terremotos), *geológicos* (deslizamientos y desprendimientos de rocas), *hidrometeorológicos* (aludes producidos por vaguadas y tormentas), y *meteorológicos* (mares de leva o marejadas provocados por tormentas). En un contexto como este, la vulnerabilidad se acrecienta con las condiciones históricas y sociales de desarrollo urbano invasivo y anárquico,

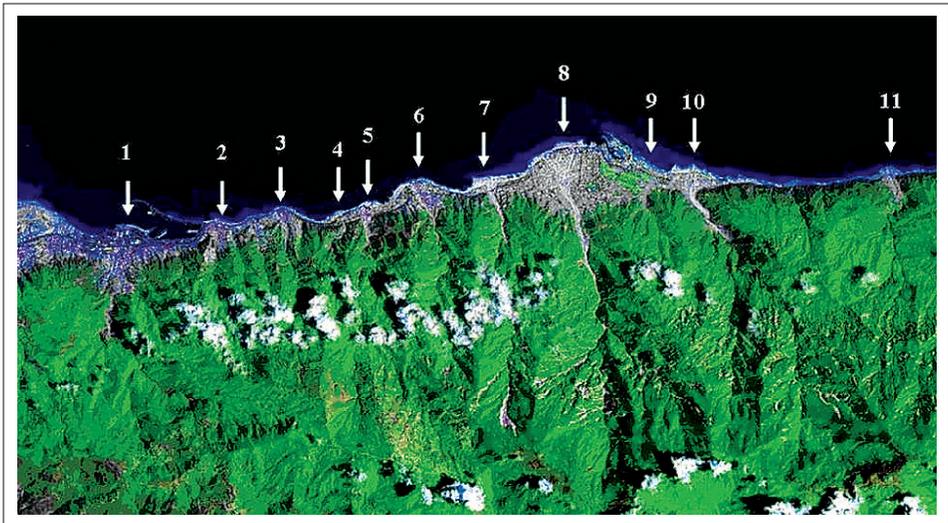


Figura 2. Imagen satelital de un sector del estado Vargas. Los señalamientos numerados corresponden a los siguientes abanicos o zonas de explayamiento: 1, Quebrada Piedra Azul, Maiquetía. 2, Quebrada Osorio, La Guaira. 3, Quebrada de Punta de Mulatos, Punta de Mulatos. 4, Quebrada de baja a un lado del camino que conduce a San José de Galipán, Macuto. 5, Quebrada de La Veguita, Macuto. 6, Quebrada de El Cojo, Macuto. 7 Quebrada de Camurí Chico. 8, Río San Julián. 9, Quebrada Seca, Tanaguarena. 10, Quebrada Cerro Grande, Tanaguarena. 11, Carmen de Uria. (<https://zulu.ssc.nasa.gov/mrsid/mrsid.pl>)

profundizando la fragilidad ante eventos potencialmente destructores. A pesar de convivir con la periódica activación de todas las amenazas, las comunidades que residen en el litoral permanecen sordas al murmullo de la naturaleza, aguardando quizás por un Estado o gobierno milagrero que, aún profundizando el olvido, cambie la vulnerabilidad por progreso.

Antes de 1999

El desastre de diciembre de 1999 y sus graves consecuencias, contribuyó al conocimiento somero de algunos antecedentes en la región. Confundidos con eventos menores, todos los registros pre-

sentados por prensa e investigaciones, aparecían minimizados frente al ampliamente informado suceso catastrófico de ese diciembre, el cual fue vivido en pleno conflicto político nacional (elecciones regionales). La mirada hacia el pasado puesta en práctica entonces, no tomó en cuenta la lógica con la que debía interpretar los datos provenientes de contextos antecesores, ciertamente distintos a la lectura con la que se comprende la realidad actualmente. *“La elaboración de la información sobre la cotidianidad que una sociedad produce, ya desde sus instancias oficiales, o bien desde sus propios protagonistas, siempre está en coherencia con las estructuras funda-*

mentales de la misma. En ese sentido, la información posee características particulares que le identifican con los procesos históricos a los que pertenece.” (Grases et al., 1999:16).

En este sentido, ciertos aspectos básicos sobre la investigación histórica no fueron considerados en la búsqueda de comparaciones con las lluvias del '99. Por ejemplo: donde no hay habitantes (es decir, donde tampoco hay construcciones e intereses), no se produce información. Esta lógica básica es la que permite advertir que *no se puede comparar la intensidad de un desastre presente con otros eventos del pasado, si no existen datos que permitan establecer esa comparación.* En una región en la que a prin-

cipios del siglo XIX no se alcanzaban los 10.000 habitantes en toda la extensión que hoy ocupa el estado Vargas (véanse los datos antes presentados, tomados de Díaz, 1817; para más información, recurrir al propio texto de Díaz), ¿cómo pueden medirse los eventos catastróficos en comparación con la actualidad, donde el desarrollo urbano y poblacional es radicalmente distinto al del pasado? Evidentemente, los aludes de 1999 causaron más daños que el terremoto de 1900, por ejemplo, por el simple hecho de haberse producido en un contexto más poblado y desarrollado (Figura 3).

La lógica inversa, esto es: magnificar el pasado en comparación con el presente, es también un error metodológico.



Figura 3. Grabado de Macuto hacia finales del siglo XIX. Tomado de Martin (1888)

No puede determinarse que un evento catastrófico que haya tenido lugar en un contexto histórico diferente al del presente (otra vez: con menor población y, en consecuencia, menor información), tenga dimensiones similares a los que ocurren actualmente. Estas equivocaciones, generalmente, provienen de la historiografía nacionalista y romántica, la cual sólo busca en el pasado una razón para enorgullecer su supuesto linaje, descubriendo un status perdido y ancestral. Muchas veces, los investigadores de los desastres, al acudir a estas fuentes, construyen datos errados y elaboran cálculos cuyos resultados se alejan de la realidad.

Para conocer analíticamente a los desastres del pasado, hace falta desplegar herramientas metodológicas que contemplen estos aspectos. La sismología histórica, por ejemplo (y en el caso de Venezuela esto es mucho más claro), ha alcanzado en los últimos años una gran cantidad de recursos científicos que han permitido resultados más acertados. Ello se debe a la atención crítica sobre las fuentes y la forma de interpretarlas. El estudio histórico de otro tipo de desastres debería atender este ejemplo, y seguramente con ello contribuiría a la asignación de intensidades más justas sobre los eventos a los que pretende acercarse científicamente.

Ciertamente, lo que Schoeneich (2001), ha llamado *intensidad objetiva* (o intensidad del fenómeno en sí), e *intensidad subjetiva* (o intensidad percibida), podría estar marcando una significativa diferencia en la interpretación de los desastres del pasado. Con la categoría

intensidad subjetiva, Schoeneich hace referencia a la percepción de un evento catastrófico por las sociedades afectadas (es decir, cómo es calificado por quien lo padece), lo cual, generalmente, conduce a la magnificación o minimización del hecho, y no a la calificación 'objetiva' del mismo. Los historiadores e investigadores de desastres del pasado, actuando distraídamente, podrían estar generando razonamientos mucho más identificados con una 'intensidad subjetiva' (en su ansiedad de 'descubrir' pasados míticos o catástrofes bíblicas en la historia heroica nacional), y no aportar un necesario conocimiento analítico a las sociedades vulnerables del presente.

En el caso del litoral central, y para no incurrir en aproximaciones erróneas, parece pertinente atender la recurrencia de los eventos desastrosos que le han acompañado en su proceso histórico, y advertir en ellos que todas las amenazas naturales despliegan una actividad permanente y periódica. Un repaso a los más notables se ofrece a continuación, presentando una información documentada sobre las fechas más destacadas (en algunos casos, se presenta sólo una muestra del total de documentos, debido a lo extenso de los mismos; en otros, únicamente lo que pudo hallarse hasta este momento). El desastre de 1999 es tomado aquí como una frontera (ciertamente catastrófica), ya que a partir de ese evento, y tal como ha quedado claro, ha proliferado la información acerca de eventos anteriores. El del '99 marcó un antes y después en el recuerdo de los habitantes de la región.

Relación documentada de fenómenos naturales con consecuencias desastrosas en el litoral central

Terremoto del 11 de junio de 1641

“...a los trece días después del Corpus, en que tal mal se sirvió a su Divina Magestad Sacramentada que fue día de San Bernabé once de Junio entre las ocho y las nueve de la mañana temblo la tierra grandemente y hizo en esta ciudad de Santiago de Leon de Caracas y en su puerto de La Guaira un destrozo miserabilísimo (...) De la plaza para arriba hacia las montañas de la mar parece que el daño fue mayor que de la plaza abaxo, (...), los muertos de que ahora se tienen noticia aquí son cincuenta y cuatro y en la Guaira treinta... (...).” Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 218. Fray Mauro de Tovar, Obispo de Venezuela al Rey, Caracas, 14 de agosto de 1641.

“...día de San Bernabé, tembló la tierra en Caracas y se cayeron todas las casas y conbentos de la ciudad y mató alguna jente: y en el puerto que llaman de La Guaira sucedió la misma ruina y mortandad.” Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 185. Joseph de Silbaguera, 29 de agosto de 1641.

“...en el puerto de La Guayra, del terremoto que sucedió el once de junio pasado de los golpes de las tapias y casas que cayeron murieron algunas personas.” (Archivo General de Indias, Audiencia de Santo Domingo, legajo 195. Documento del año 1642).

Temporales de octubre de 1780

“Se han reparado los daños que causaron los temporales de Octubre de 1780, en los Baluartes de la Trinchera, y Plataforma, y en las bobedas de este: y los causados en las Baterias de la Caleta, y Fuerza: y muralla comprendida entre estas dos Baterias. [Fue necesario reparar el Fuerte Gavilán, el Puesto de Punta de Mulatos, el Fuerte de Santa Isabel del Curupao, el Puesto del Penacho del Aguacate, el Camino Real de Caracas, y el Fuerte de la Cumbre] Estas obras han sufrido los horrorosos temporales del mes del año de 80...” González Dávila (1784).

Lluvias y temporales de marzo de 1781

“Por la parte del Este, y sobre la Quebrada del Gavilan, se halla edificado el Fuerte de este nombre: franquea todo el frente de la trinchera, y la avenida de Macuto, su Bateria baja estaba cuarteada y amenazaba ruina; se vino abajo en Marzo de 1781 con las lluvias y temporales, que ocurrieron; se hizo preciso lebantar de nuevo esta bateria; y por ser el terreno deleznable, y flojo subir toda la muralla desde treinta pies de altura se le dio mas capacidad, construyendola en figura circular...” González Dávila (1784), (Figura 4).

Temporales y aludes del 11 al 14 de febrero de 1798

“El día 11 a la una del día empezó a llover estando el Mar sereno hasta cuya hora ventó Norueste bonancible con el viento claro y el Sol picante: La lluvia fue incesante copiosa hasta las 8 de la

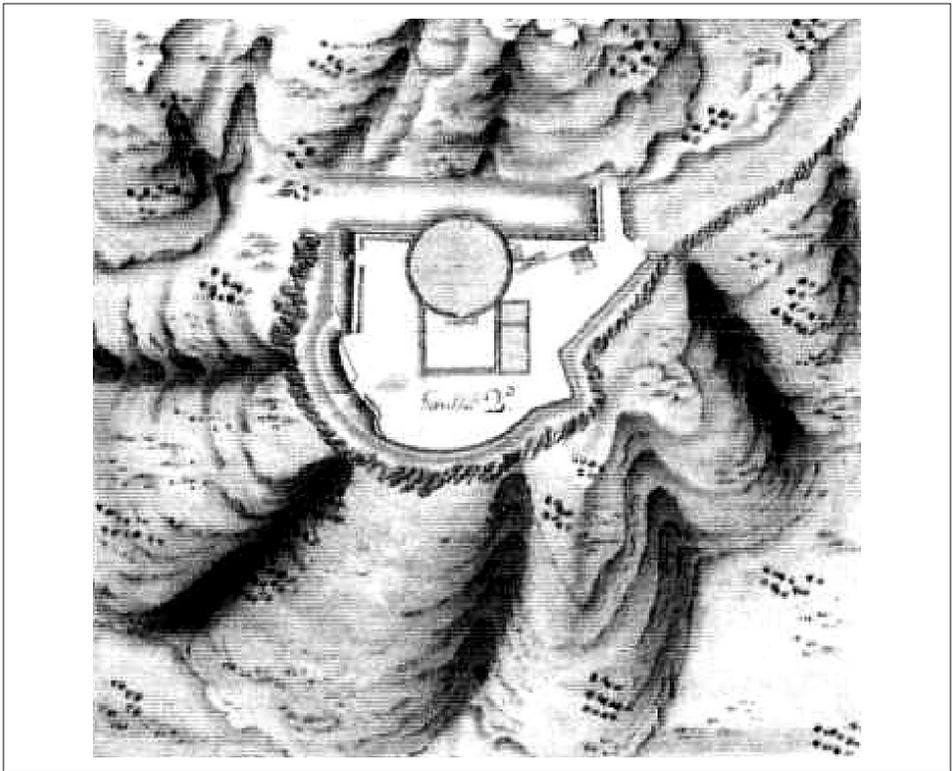


Figura 4. Detalle del plano de González Dávila, donde enseña las reparaciones realizadas en el Fuerte El Gavilán a raíz de los temporales de 1781, al cual le levantó una "muralla en forma circular". (González Dávila, 1784)

noche y á esta hora empezó á alterarse el Mar de un modo que causó admiración el ruido que hacía en la Costa su inquietud: desde las 9 de la noche hasta las 11 hizo faltar los cables y demas amarras á muchas embarcaciones que se hallaban en el surgidero siendo la causa de que fuesen muchas de ellas á la Costa en donde totalmente naufragaron algunos Marineros de sus tripulaciones; otras se hicieron á la vela pero algunas zozobraron antes de haber salido á la franquia. De la misma hora hasta cerca del

amanecer no cesó de relampagar con muchos truenos y lluvia incesante.

Día 12 Lunes. Se mantubo el Mar furioso: se reconocieron sumergidas muchas embarcaciones menores que se ocupaban en servicio de mayores del comercio y pesca: á las 5 de la tarde empezó a sosegar el Mar, aunque en todo este día y en la noche siguiente hasta el amanecer del 13 continuó la lluvia gruesa y abundante.

Día 13. Seguía la lluvia incesante: á las 9 viento bonancible por el E' sueste

con el cual arribaron algunas embarcaciones de las que se hicieron á la vela el día anterior por causa del temporal: á las 12½ salió el Río de su cause; rebosó los 5 puentes de su comunicación que fueron derribados porque sus arcos a pesar de la solida construcción embalsados con los arboles y materiales que vomitaba la corriente no podían resistir tan formidables estorvos: las calles contiguas situadas a la parte baja del Pueblo dominadas por la corriente fueron inundadas, de forma que una embarcación que calase de 8 á 9 pies de agua podía flotar en el curso de ellas y prueba de ello son las Piedras que se conducían de 20 á 100 quintales que se hallaban en medio de las calles, unas, otras acomodadas contra las Murallas, Puerta de las trincheras y sus inmediaciones, con porción de arboles diformes. La rápida violencia de las aguas no respetaba cosa artificial ni aun de las naturales. Todos los conductos que salen al Mar por la Muralla circular de la Plaza, cegaron de sus resultas se formó un lago considerable que se extendía desde el Río hasta la Puerta del Muelle en altura de vara y media en la calle y casas. Los Parques de Artillería, Fortificación, Maestranzas y Bovedas, fueron anegadas: en medio de esta ruina ha padecido mucha gente cuyo número aun se ignora. Para proporcionar desagüe a la Mar se sacaron de los Baluartes piezas de artillería para brechar la Muralla y romper la Puerta de la Marina: produjo el efecto pensado: en tanto se obraban y se discurrían las providencias, los habitantes del Pueblo no hallando donde poner a salvo

sus vidas corrían a las Alturas; en las que los Castillos y Baluartes situados en ellas padecieron notables ruinas como los caminos de comunicación y Plazas de armas. Todos los presidiarios antes de que fuesen ahogados obtuvieron la libertad. Del cerro que está á espaldas de la casa de la Factoría se desprendió una piedra de 30 á 35 qqs. de peso sobre un almacén sin que hubiese una desgracia que el perjuicio hecho al edificio. Los materiales que arrojaba el Río se abanzaron al Mar en parages a distancias de 50 toesas formando con las puntas una nueva costa en donde antes no se veía sino multitud de peñas grandísimas. Todos los Pueblos y costas inmediatas han padecido estragos a proporción. La confusión de este día fue tanta que no es comparable con la que infunden los mas sanguinarios enemigos quando acometen á sangre y fuego una Plaza.

[219 edificaciones fueron dañadas; también las fortificaciones y todos los edificios militares]. La naturaleza por una casualidad o por un inmenso tesoro podrá volver a proporcionar al Pueblo el propio cause que el Río tenía: éste se ha cegado de tierra, ripio, piedra y maderas superior en parte por algunas calles en mas de dos varas. La voz común confiesa que la causa de tan terrible daño procede de los desmontes, banqueros, piedras arrancadas y demás que se arrojó a orillas del Río y vertientes de la abertura de los caminos de las alturas y con el torrente impetuoso de las aguas precisamente por su gravedad habían de descender a la parte mas profunda que es el Río: esto parece probarlo el que

ninguno de los [Pueblos] contiguos en las costas inmediatas á pesar de haber arrojado mas cantidad de agua, lexos de haber cegado las caxas se profundizaron; (...) (Extracto de los acaecimientos observados en el puerto de La Guaira desde el día 11 al 14 de febrero de 1798. Archivo General de la Nación, Sección Gobernación y Capitanía General, Tomo LXIX, año 1798, folio 14 y subsiguientes), (Figura 5).

Terremoto del 26 de marzo de 1812

“...el pueblo es un montón de escombros; los vecinos están dispersos extramuros en barracas provisionales;

carecemos de una casa de beneficencia para socorrer la humanidad doliente; la carnicería que debía surtir al pueblo de un ramo de primera necesidad; la Escuela pública para la educación de niños; la Plaza que dava una pequeña renta a los fondos de propios de la villa; y en una palabra todos los edificios incluso los templos están destruidos; paradas las obras públicas; y el acueducto de la cañería que deve surtir de agua al Pueblo, Puerto, hospitales, y Cuarteles, obra de las mexores que asta ahora á tenido este Pueblo, suspendido también por falta de medios para continuar; (...).

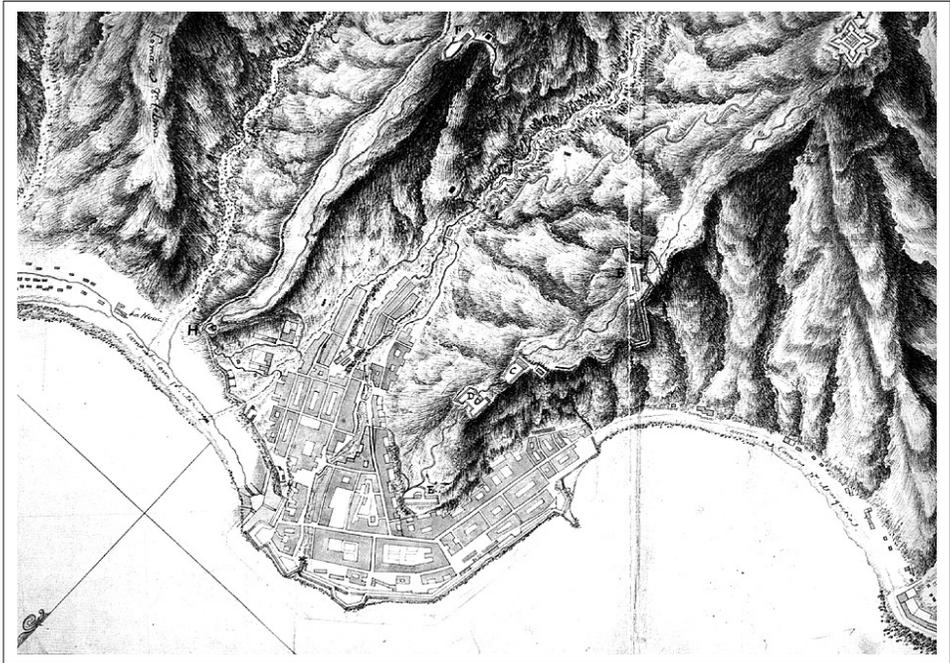


Figura 5. Plano de La Guaira en 1778. Sobre este escenario irrumpieron las lluvias de 1798. Fuente: detalle del Plano de la Plaza de La Guaira con todos sus Castillos y Baterías, Anónimo, 1778. Servicio Histórico Militar, sección Venezuela, E-12-6, N° 6096, Madrid. (Tomado de Amodio *et al.*, 1997:93)

Los propios de esta villa están muy cortos: la carnicería, la plaza y un derecho de río sobre buques extranjeros con destino a reparar su cauce; escasamente bastarán para mantener la administración, y en el día ni aun estos existen por las ruinas de la plaza y matadero, (...).

[La Diputación debe atender en primera instancia a]...la carnicería y la plaza pública, para enseguida atender a las demás, como son la limpia y reparaciones de las desgraciadas ruinas.

Pero cuanto todo pudiese hacerse, nada se adelantará si el vecindario no fija su residencia; la apatía en que yace desde el terremoto es efecto de la incertidumbre en que viven los propietarios y no propietarios sobre la localidad de la población; la experiencia ha enseñado y la seguridad individual conoce las ventajas de refundarla en sitio escampado, y, por otra parte, la seguridad de intereses y comercio exigen sea dentro de muros; (...) Archivo General de la Nación, sección Gobernación y Capitanía General, Tomo CCXX, Documento 171, folio 248, Gerardo Patrullo a la Diputación de La Guaira, 17-ago-1812.

“...he presenciado personalmente la situación calamitosa de los habitantes de La Guayra. No hay sino 3 casas en pie y están tan conmovidas que se teme más peligro de ellas que de aquellas que están en ruinas. Los fuertes y los almacenes están destruidos enteramente o en un estado tan ruinoso que no se atreven a disparar desde ellos. Al anclar un oficial fue enviado a exigirme que no saludase, tanto temían aun la menor

conmoción del aire. Su alarma sin embargo en este particular fue innecesaria pues como no tenía conocimiento de sus colores independientes no les acordé esa atención, pero desembarqué y tuve una entrevista con el Comandante quien me exigió desembarcar la gente de mi Navío para sacar los cadáveres de las ruinas y llevarlos para ser incinerados en la pila fúnebre general, siendo impracticable llevarlos al mar para depositarlos en él por razón de una fuerte marea.” (Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Public Record Office, TomoV-29, 1811-1812, Thomas Forrest a Stirling, desde el Navío Cyané, Curazao, 30-mar-1812).

“Since my arrival here, one of the greatest calamities has occurred at this place that ever happened in any country. On the 26th ult. whilst on board, I heard a most dreadful report of an earthquake: it lasted, at nearly as my recollection will serve, about two minutes. I soon learnt that the town of La Guaira was laid in ruins, and that numbers of the inhabitants were killed and buried in them. (...) The rocks and mountains were rent asunder; and it is impossible for pen to describe the devastation occasioned by his horrible explosion. The cargo which I was to have taken on board has shared the fate of nearly all the goods in the city, and has been swallowed up in the general ruin. When the shock was first felt on board, every person was impressed with the feeling that the ship was beating to pieces on the rocks.” (Capitán Cuthbert, en el navío Highlander, La Guaira, 01-abr-1812, The London Times, Viernes 29-may-1812).

“(…) La Guayra sufrió aun más y tal ha sido el caso en los lugares de las costas vecinas a ella; enormes masas de cerros se han desprendido de las cimas y se han precipitado sobre los valles. Grietas profundas en la base de las rocas aun amenazan con nuevos desastres a los desventurados sobrevivientes quienes se ocupan ahora de enterrar o quemar a los muertos y en socorrer a los numerosos heridos que perecen por falta de asistencia médica, abrigo y otros cuidados.” (Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Public Record Office, Tomo V-29, 1811-1812, Suplemento a la Gaceta de San Thomas, Jueves 09-abr-1812).

Temporal del 22 de octubre de 1817

“Al anochecer del 21 de Octubre último se había observado el horizonte muy cargado, y con una singularidad por la parte N. E. al mismo tiempo que la costa estaba muy clara y despejado el cielo por la parte de la tierra. A las diez de ella empezó a picarse el mar, en términos, que al rayar el día 22, los botes que, según costumbre vinieron a tierra en busca de provisiones, se zozobraron casi todos. Fue enfureciéndose progresivamente, y á las siete principiaron á venir á la costa algunas embarcaciones mayores. Desde esta hora se arreció tanto el tiempo, que rompían las olas á una distancia increíble, y á mas de 10 brazas de fondo. Todos los buques se prepararon para hacerse á la vela; pero era tanta la calma, que no pudieron lograr este medio, único de salvarse. Fue imposible entonces que los buques se mantuviesen por mas tiempo

sobre sus cables; y los que estaban fondeados mas cerca de tierra, ó mas espuuestos á la marejada que venian por el N. E., fueron arrancados y arrojados con tanta violencia sobre la costa, que todos se hicieron pedazos, y no podrá sacarse ninguno. Felizmente empezó á calmarse el mar á las once, y para las dos de la tarde se serenó enteramente. El número de los ahogados en la bahía y en la playa, sin poder ser socorridos, llega á 17, y los buques que se perdieron son los siguientes: El bergantín Palomo; las bombardas General Morillo, y Sacra Familia; y barca Caraqueña, de la carrera de España. Una goleta y un guairo salineros de este puerto. Las goletas danesas Elisabet y la Victoria, y la balandra inglesa Capitan Botina. Por disposición del comandante de la Plaza, que manifestó el mayor celo y actividad, se colocaron varios trozos de tropa para impedir el robo de los efectos que arrojó el mar, y de los que había a bordo de los buques naufragados.” (Anónimo, 1817).

Temporal del 21 de diciembre de 1822

“Gran tempestad en La Guaira perdiéndose 16 buques á la 1 am del 21 de diciembre de 1822.” (Landaeta Rosales, 1900: 2).

Mar de leva en 1838

“Gran mar de leva en La Guaira en 1838.” (Landaeta Rosales, 1900: 2).

Mar de leva del 2 al 5 de diciembre de 1887

“Gran mar de leva en las costas de Venezuela, causando estragos en La

Guaira en las embarcaciones, tajamar, ferrocarril, baños, etc., y en el castillo Libertador de Puerto Cabello, del 2 al 5 de diciembre de 1887.” (Landaeta Rosales, 1900:2), (Figura 6).

Temporal del 3 de octubre de 1890

“Gran Caldereta en La Guaira, causando estragos en las embarcaciones, 3 de octubre de 1890.” (Landaeta Rosales, 1900: 2).

Lluvias del 7 de octubre de 1892

“Extraordinario y nunca visto aguacero en todo el litoral de Venezuela, arrasando con todas las sembreras de la orilla de los ríos, que crecieron como no hay ejemplo. Puentes de las poblaciones, caminos y ferrocarriles fueron destruidos, y otros muchos estragos causó aquel aguacero inmenso que comenzó á las 6 de la tarde del 6 de octubre en el Oriente de la República y continuó al Centro y Occidente toda la noche y el día 7 de octubre de 1892.” (Landaeta Rosales, 1900: 2-3).

“A causa de las fuertes lluvias que han ocasionado grandes deterioros en la línea, no correrán trenes hasta nuevo aviso.” (Ferrocarril de La Guaira a Caracas, Agencia Pumar, 12-oct-1892, 3.469:1.)

“Más de ochocientos hombres se encuentran trabajando en remover los derrumbes ocurridos en el Ferrocarril de La Guaira, creyéndose que dentro de seis u ocho días podrá dicha vía abrirse nuevamente al servicio público. La reconstrucción de un gran puente destruido habría tardado el tráfico más

de un mes, pero tenemos entendido que merced a una nueva desviación, podrán circular los trenes desde Caracas a La Guaira en el término expresado.” (Ferrocarril de La Guaira a Caracas, Agencia Pumar, 13-oct-1892, 3.475:1).

Terremoto del 29 de octubre de 1900

“Toda la construcción, arcos. Columnas y muros, son de sólida mampostería, y se halla en buen estado. Solo hay grietas pequeñas, descalabraduras debajo de los últimos rosetones de la nave central, efecto del terremoto del 1900.” (Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Parroquias, carpeta 72, Inventario de la iglesia de La Guaira, 1918).

“Macuto: larga duración: 80 casas caídas y el resto en estado ruinoso. Se abrieron grietas en el suelo; 7 muertos y 30 heridos.

Naiguatá: cayó la iglesia y varias casas. Hubo muertos y heridos. Muchas casas averiadas.

Los Caracas-Camurí Grande: se formaron grietas en el suelo y hubo derrumbe de terrenos. Varias casas caídas.

Caraballeda: se cayó la iglesia vieja y la nueva sufrió averías. En varias haciendas cayeron casas y hubo víctimas.

Chuspa y La Sabana: se cayeron casas, muchos heridos. Se agrietó el suelo en la parte baja del lugar por donde salió agua cenagosa y fétida. En el río Agua Caliente subió la temperatura de tal modo que los peces se murieron.

Brotaron aguas sulfurosas en algunas quebradas: quebrada Guzmán, Cardonal, quebrada Seca, Caraballeda.” (Centeno, 1969: 345), (Figura 7).

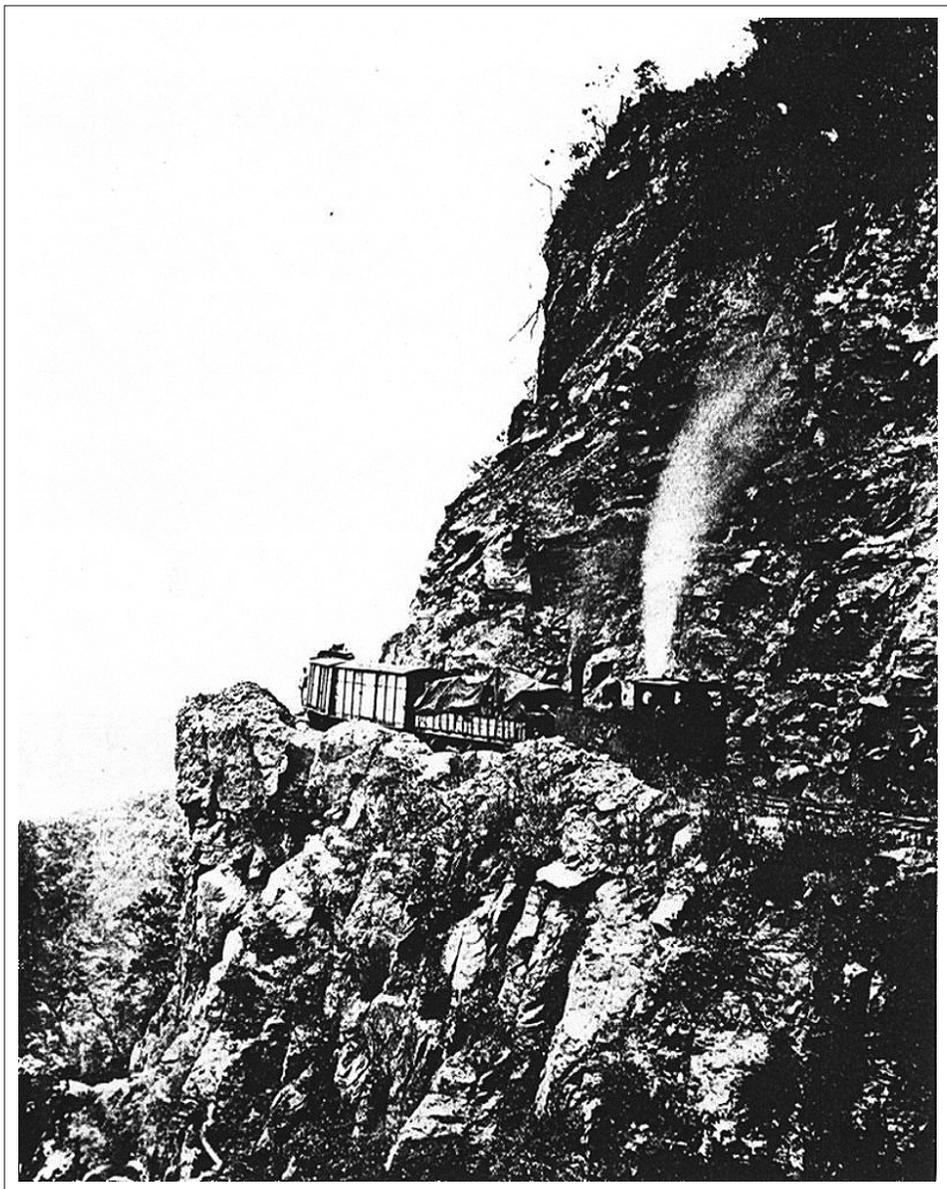


Figura 6. Fotografía del tren Caracas-La Guaira hacia 1888. Tomado de Martin (1888)



Figura 7. Fotografía de los daños sufridos por La Guzmania, Macuto, con el terremoto de 1900. Tomada de El Cojo Ilustrado

Lluvias y aludes del 23 al 29 de noviembre de 1938

“Obstruido el tráfico entre La Guaira y Naiguatá, por causa de un enorme derrumbe. Varias casas destruidas y techos caídos. No pocas pérdidas materiales. (...) Cubre casi medio kilómetro el trecho del camino por el derrumbe ocasionado a las dos de la tarde de ayer. (...) Los aguaceros han venido sucediéndose casi sin interrupción, día y noche, contándose muy serios descalabros en distintos sectores de Maiquetía y La Guaira y sus alrededores. (...)” (Más estragos causados por el aguacero. El Universal, 29-nov-1938: 10).

“Una lluvia torrencial que dura siete

horas consecutivas. Se desborda el río de Maiquetía y varias quebradas, llegando el agua a una altura elevadísima. Las corrientes arrastran casas, muebles, vehículos y vidas. Quince personas desaparecidas, incluyendo varios niños. Todo un barrio obrero amenazando desplomarse. Derrumbes en la carretera de Caracas-La Guaira. Inundados los barrios Restaurant y El Rincón. Las quebradas de Mapurite, de la Puerta de Caracas, de Germán y otras arrojaron una inmensa cantidad de piedra y lodo. Se derrumbaron cerros en El Cardonal. (...)” (La espantosa inundación de ayer tarde en el litoral. El Universal, 30-nov-1938:1), (Figura 8).



Figura 8. Familias damnificadas por las lluvias de 1938. Tomada de El Universal, 1-dic-1938: 1

Lluvias y aludes del 2 al 4 de agosto de 1948

“Más de 26 muertos y cerca de 60 heridos por el desbordamiento de la Quebrada Piedra Azul. La tempestad ocasionó daños incalculables, interrumpiendo el tránsito entre Caracas y Maiquetía. Derrumbes en Macuto. Afectadas más de 300 familias. Cadáveres aparecen flotando. El cementerio de Punta de Mulatos fue inundado. Desbordadas también las quebradas Quenepe y Germán. Lanchas del servicio portuario rescatan cadáveres en el mar.” (Catástrofe en La Guaira, El Universal, 4 y 5-ago-1948).

Aludes del 16 al 18 y el 25 de febrero de 1951

“Muertos y graves daños en el litoral. Numerosas personas perecieron arrastradas por la creciente de las quebradas que bajan de los cerros. Diez y seis automóviles fueron lanzados a la playa en Macuto. Consternación entre los vecinos de Punta de Mulatos, Pariata y otros caseríos de todo el litoral. Casi todos los puentes fueron destruidos por las aguas desbordadas. Se han caído postes de alumbrado. Setenta familias alojadas en edificios públicos. Inundados los almacenes portuarios con pérdidas de mercancías. Cuarenta horas de lluvias continuas...” (40 horas de lluvia

consecutiva en el Litoral, El Universal, 18-feb-1951: 1).

“La carretera de La Guaira obstruida por más de cien derrumbes. Inutilizado por mucho tiempo el ferrocarril Caracas-La Guaira.” (Muchos meses se necesitarán para reparar la carretera de La Guaira, El Nacional, 19-feb-1951:21).

“Arrecifes y El Playón han quedado arrasadas. La Planta Eléctrica está destruida. Catia la Mar ha sido otra de las zonas más afectada por las lluvias. Nadie duerme en La Guaira, Macuto y Maiquetía.” (Nuevas inundaciones en el litoral, El Nacional, 26-feb-1951: 1), (Figura 9).

Terremoto del 29 de julio de 1967

“Terremoto causa graves daños en todo el litoral central. Destruídos pisos superiores de la mansión Charaima, frente al hotel Sheraton. Agrietamientos en el edificio del hotel. Grieta de más de 15 metros en playa del Sheraton. Paredes caídas, casas derrumbadas y agrietadas en toda la actual parroquia Caraballeda. Agitación de las aguas frente a las costas”. Resumen de datos tomados de Centeno (1969), Singer *et al.* (1983), Grases *et al.* (1999) y Comisión Presidencial para el Estudio del Sismo (1978), (Figura 10).

De la documentación presentada, pueden obtenerse varias conclusiones, y no todas acertadas. Una de ellas es que, aparentemente, ya *no hay más tempestades que causen daños en el puerto*. Esta sería una conclusión absurda, puesto que, obviamente, el desarrollo tecnológico y material de la sociedad ha permitido

construir embarcaciones más seguras y resistentes, las cuales pueden enfrentar exitosamente los embates de tempestades y marejadas. Por consiguiente, puede notarse la mitigación del efecto negativo de este tipo de fenómenos, y no la desaparición de los mismos. Los mares de leva y las tempestades han seguido ocurriendo, causando leves daños, fundamentalmente en playas, viviendas y vías de comunicación ubicadas cerca del mar. Los guaireños están acostumbrados a este tipo de eventos.

Otra de las conclusiones es, quizás, la reafirmación de lo señalado anteriormente en cuanto a la producción de la información: la ausencia de reportes de daños por terremotos, lluvias, aludes o tempestades antes del siglo XIX, se debe, claramente, a la escasa población y la falta de ‘noticias’ que ello significa. Obviamente, la naturaleza no dejó de actuar por el hecho de que la sociedad no cuente con presencia en los lugares en donde se manifestaron los fenómenos. Esto corrobora la afirmación que señala que *“el desastre, antes que un hecho, es un concepto”* (Altez, 2003: 169), es decir: lo que produce un desastre no es la naturaleza, sino la presencia vulnerable de la sociedad (Romero y Maskrey, 1993).

1999: La frontera catastrófica

Lluvias y aludes del 15 al 17 de diciembre de 1999

En diciembre de 1999, sin lugar a dudas, Venezuela sufrió una de las mayores catástrofes de su historia, la cual se convirtió, también, en uno de los peores

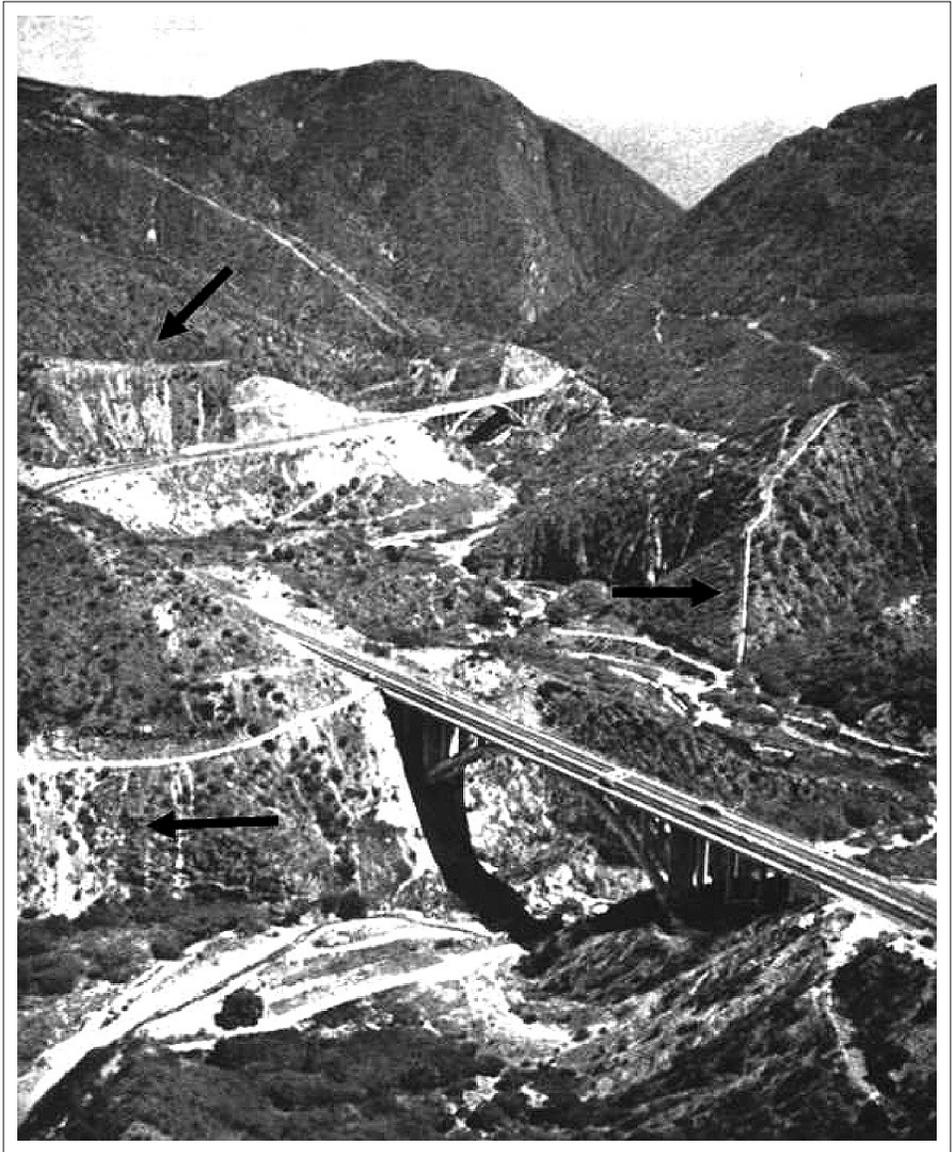


Figura 9. Imagen de la entonces recién inaugurada autopista Caracas-La Guaira en 1953. Nótese las huellas más destacadas (señaladas con las flechas) de los deslizamientos de 1951 en las montañas. Fotografía base: Maldonado-Borgoin (1997:178)

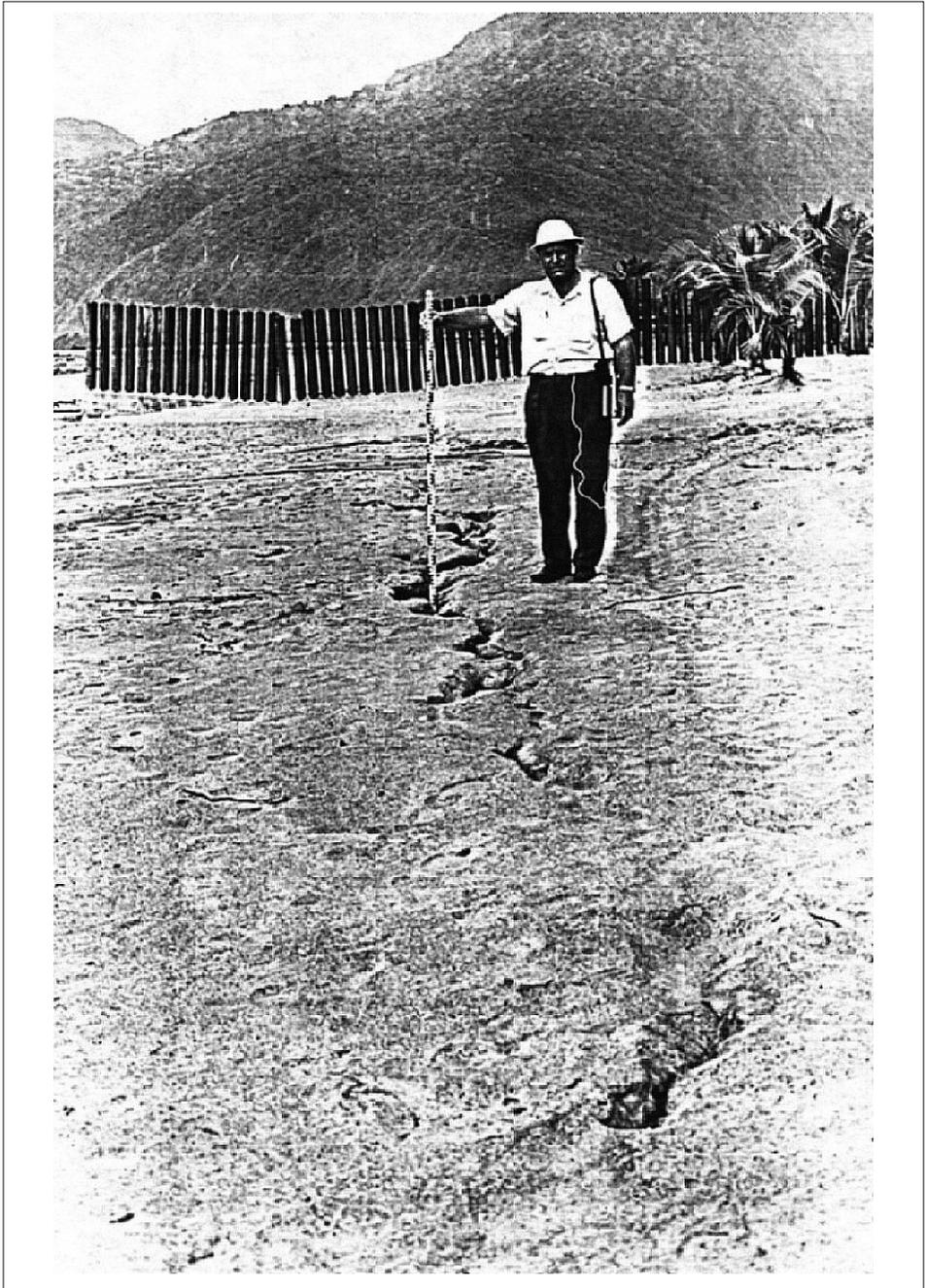


Figura 10. Grieta en la playa del hotel Sheraton. Fotografía tomada del informe de la Comisión Presidencial para el Estudio del Sismo (1978)

desastres de Latinoamérica en todo el siglo XX. Durante aquel diciembre se registraron en la franja costera del país precipitaciones extraordinarias (como resultado de la presencia de una vaguada sobre el mar Caribe), durando casi 20 días de ese mes. La misma fue mucho más persistente de lo normal, especialmente hacia la región norte-nentro (litoral central) y norte-occidente del país (estados Zulia y Falcón). Ello se debió a que la vaguada fue flanqueada por la zona de alta presión del Atlántico, que a su vez estuvo bloqueada por un ciclón extratropical estacionario (huracán Lenny), sobre el Atlántico Norte y del cual se desprendieron los restos del frente frío que intensificó la actividad hidrometeorológica en la región.

Climáticamente, las precipitaciones sufridas por Venezuela en esta ocasión han sido denominadas como eventos de baja frecuencia; asimismo, y de acuerdo con datos oficiales, a partir del mes de julio de 1999 se registraron lluvias por encima de los promedios anuales obtenidos para el período 1891-1998. Las mayores de ellas tuvieron lugar en los primeros días del mes de diciembre de 1999, alcanzando su máxima expresión los días 15 y 16 de ese mes, acumulando para la estación meteorológica del Aeropuerto Internacional de Maiquetía un monto de 1.200 mm/m² y un registro de 2.200 mm/m² para las micro-cuencas ubicadas en la parte alta del macizo Ávila (López *et al.*, 2000), afectando más severamente la parte central de la costa norte del país.

Después de un año de precipitaciones por encima del promedio (sirviendo de elementos precursores, siguiendo a Stockhausen *et al.*, 2001), Venezuela se vio inundada durante diez días por lluvias torrenciales que causaron deslizamientos de tierra masivos, desbordamiento de quebradas, aludes torrenciales con grandes cantidades de flujo de detritos, enormes daños a la infraestructura, desaparición de referentes históricos y culturales, además de significativas pérdidas humanas. Esta situación fue causada, como ha quedado claro, por la combinación de, por un lado, *fenómenos naturales* (como las citadas precipitaciones extraordinarias), y *condiciones naturales*, vinculadas a las características geofísicas de la zona. Es la combinación de estos elementos lo que incide determinantemente en las consecuencias apreciadas en el evento de 1999, y no solamente las lluvias irregulares. Si una precipitación desproporcionada como la de entonces hubiera tenido lugar en una región con condiciones geofísicas diferentes (llanos, por ejemplo), los resultados hubieran sido distintos.

El estado Vargas posee una topografía que favorece el desplazamiento veloz y abrupto de materiales aluvionales (Garner, 1959). Cuando en diciembre de 1999 se produjeron los numerosos derrumbes, deslizamientos y flujos torrenciales ya mencionados, cincuenta y tres quebradas (once de ellas ubicadas en las parroquias de La Guaira, Macuto, Caraballeda y Naguayá, fueron las más contundentes), transportaron miles de toneladas de materiales que arrastraron en

sus cauces, depositando en las terrazas de sus márgenes un altísimo volumen de sólidos (ocho millones de metros cúbicos, aproximadamente, según Herrera *et al.*, 2000), responsables de la transformación del paisaje de la región. La zona de mayor daño y mayor acumulación sedimentaria se halló entre Macuto y Tanaguarena (Schmitz *et al.*, 2001), al este del litoral, en donde tuvieron lugar las más grandes destrucciones y números de muertes en comparación con en el resto de la región.

El impacto causado por este desastre condujo inmediatamente a suponer que se trataba de un evento único en la historia de Venezuela y de la propia región. Ciertamente, y como se ha entendido, nunca antes había tenido lugar un evento como este *en un contexto histórico y social como el actual*. Por ello, es acertado afirmar que las consecuencias que estos fenómenos produjeron son únicas, pero no lo es el señalar que se trata de un evento con una magnitud única en la historia. Los antecedentes revisados y citados anteriormente pueden ilustrar con mayor precisión las características recurrentes de estos fenómenos.

Como una de las consecuencias más extraordinarias causadas por este evento, fueron creadas por el Estado venezolano nuevas instituciones (como Corpovargas y la Autoridad Única de Área para el estado Vargas), enteramente destinadas a la atención del caso, así como también fueron aportados para la reconstrucción de la región, inmensas cantidades de dinero en un corto lapso. El desastre de 1999 se convertía no sólo en

una frontera, sino en una medida, desde la cual habría de levantarse un nuevo estado y un nuevo futuro para la sociedad de la región (Figura 11). *“Millardos de bolívares y cientos de millones de euros y dólares fueron invertidos en obras cuya misión estaba clara: desarrollar infraestructura capaz de reducir los impactos de un evento como el de 1999. Es decir, ese evento era (o debería ser) la medida de cualquier decisión, construcción, planificación o intervención. ¿Qué sentido habría de tener invertir en obras que no estuviesen preparadas para enfrentar consecuencias como esas? Sin embargo, y tal como ha sido evidente, las lluvias de febrero de 2005, menores en intensidad y precipitación, generaron un símil afortunadamente menos trágico. O sea, entre la fortuna de no haber enfrentado una vaguada de mayores proporciones y la ganancia obtenida por la experiencia pasada, los guaireños sortearon una circunstancia que claramente no merecían vivir.”* (Altez, 2005: 3).

Pronto, luego de aquel diciembre y en fechas cercanas, el litoral experimentaría lo que podrían llamarse ‘réplicas’, no en el sentido de un sismo, sino desde la profundización de la vulnerabilidad de la región entera. Los desaciertos en la toma de decisiones y la aplicación de medidas equivocadas, contribuyeron a fragilizar aún más a la sociedad que todavía no se levantaba de la tragedia de 1999. Desde esa fecha hasta el presente, la región ha sufrido estragos por la sucesión de eventos menores al del ’99. Otro repaso, en este caso captado por observaciones directas, ilustra el caso:



Figura 11. Ortofotografía de Punta de Mulatos tomada a finales de diciembre de 1999. (Cedida por la Autoridad Única de Área para el estado Vargas)

Lluvias del 15 de noviembre de 2000

Aludes de barro en Pariata, Maiquetía, y en la quebrada Curucutí, Montesano. 5.000 personas evacuadas y 800 pierden sus viviendas. (Información obtenida por observación directa).

Lluvias del 4 de diciembre de 2001

Desbordamiento de las quebradas de Galipán y Camurí Chico. En Macuto se tapiaron los sótanos de varios edificios. Vías incomunicadas por dos días. (Observación directa).

Coletazo del huracán Iván del 8 de septiembre de 2004

Árboles arrancados de raíz en Macuto. Los nuevos malecones construidos lue-

go de 1999 fueron vencidos por las olas. Sepultada en arena la Playa Alí Babá, en Camurí Chico. Oleaje destruye quioscos en playa del antiguo hotel Meliá. (Observación directa), (Figura 12).

Lluvias del 8 al 10 de febrero de 2005

36 horas de lluvias vuelven a causar daños en el litoral. Se desbordaron todas las quebradas en el estado Vargas. Durante casi dos semanas la carretera a Naiguatá quedó incomunicada por deslizamientos y sin luz eléctrica ni telefonía básica. Los puentes del río San Julián en Caraballeda quedaron colmatados por sedimentos. Los muros de gavión construidos luego de 1999 para contener deslizamientos en taludes a los lados de las vías, fueron



Figura 12. Árboles arrancados de raíz en Macuto. Fotografía: Rogelio Altez

sepultados por barro. En Camurí Grande quedaron sepultadas viviendas, interrumpida la comunicación por obstrucción de puentes y hubo familias damnificadas. En Camurí Chico el agua de la quebrada superó la vía e hizo que parte de la misma colapsara. En Tanaguarena volvieron a inundarse los sótanos de los edificios, quedando propiedades sepultada en barro. En Las Quince Letras, Macuto, el barro de la quebrada El Cojo superó y sepultó el puente por días. 5 muertos en total. 300 familias aisladas en Chichiriviche por deslizamientos en carretera. Oricao aislada por los mismos deslizamientos. Parroquia Caruao aislada por deslizamientos en la carretera. Hacia el este del estado Vargas se desbordaron con arrastres de sedimentos y rocas los siguientes ríos y quebradas: El Cojo, La Llanada, San Julián, Quebrada

Seca, Uria, Naiguatá y Camurí Grande. En el barrio Quebrada Seca se destruyeron las viviendas ubicadas en las márgenes de la quebrada. Deslizamientos anegaron toda la vialidad del este. (Observación directa), (Figura 13).

Conclusión: vivir en el post-desastre

Entre *impacto* y *efecto* existe una diferencia fundamental: el primero golpea súbitamente y el segundo afecta a mediano y largo plazo. El impacto del desastre de 1999 en el litoral central puede entenderse en las consecuencias sufridas de inmediato: aislamiento; interrupción de la cotidianidad; crisis social; pérdidas mil millonarias en infraestructura; desplazamiento masivo; caos asistencial; en

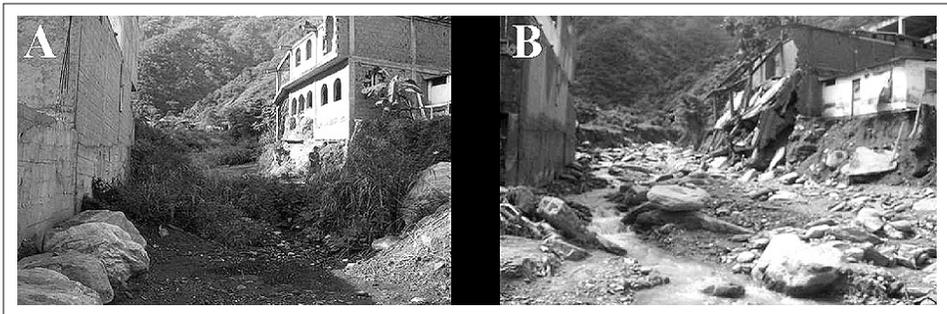


Figura 13. En el recuadro A se observa el estado del barrio Quebrada Seca (Caraballeda), en octubre de 2004, tal como se hallaba años después de los aludes de 1999. Es notorio el paso del cauce entre las casas, por donde antes se encontraba una calle. En el recuadro B se aprecian las consecuencias de las lluvias de febrero de 2005 y el agua corriendo por su cauce nuevamente. Fotografías y composición: Rogelio Altez

fin, todas las condiciones que identifican a un desastre. Los efectos (de dimensiones ciertamente nacionales), se aprecian en una velocidad más lenta y en un presente más crítico: crisis institucional prolongada; aprovechamiento político de las circunstancias; decenas de miles de reubicados en crisis por ausencia de planificación; empobrecimiento y marginalización de las zonas urbanas; invasiones a viviendas en ruinas; retorno masivo a zonas en riesgo; enriquecimiento de autoridades y contratistas inescrupulosos; toma de decisiones politizadas que afectan la reconstrucción; y debido a todo ello, finalmente, la profundización de la vulnerabilidad en las comunidades de toda la región.

Con las lluvias de febrero de 2005, todo esto resultó evidente, a pesar de que las características de este evento fuesen menores en relación a 1999: *“Cuando las lluvias de 1999 avanzaron sobre los cauces y alimentaron los flujos de sedimentos, se encontraron con poco*

espacio para su desplazamiento, produciendo avalanchas destructoras cuyas alturas, inclusive, sirvieron de referente al imaginario colectivo o de testimonio traumático a más de un sobreviviente. Sin embargo, cuando las lluvias de febrero de 2005 cayeron sobre los cauces, hallaron espacio suficiente como para correr con pocos obstáculos y derramarse ampliamente hacia los lados. Asimismo, la intensidad de las precipitaciones fue menor a la de cinco años atrás, con lo cual el flujo producido por sus arrastres tampoco obtuvo resultados voluminosos.”, (Altez, 2005: 5).

Cinco años después de la tragedia, el estado Vargas aún vive en medio de condiciones que son el producto fresco de las lluvias de 1999. Evidentemente, en contextos subdesarrollados como lo representan algunos países latinoamericanos, los desastres de gran envergadura pueden llegar a causar traumatismos severos en las sociedades donde sobrevienen, generando con ello disrupcio-

nes históricas que desvían el desarrollo o crecimiento que una región entera (en este caso el litoral central venezolano), cambiando para siempre las condiciones de vida a partir de ello.

La sociedad del estado Vargas ha tenido que cambiar su cotidianidad luego de aquella tragedia, ganando con ello, quizás, algún aprendizaje que la especializa en estas situaciones. Al menos estas generaciones expresarán certeramente esta ganancia; depende de ellas la transmisión de las mismas a su descendencia.

En el entendido, pues, de que un desastre (es decir, no la ocurrencia del fenómeno natural, sino la expresión material y crítica de la vulnerabilidad de la sociedad que hace posible la catástrofe), transforma los destinos de una sociedad o región (un ejemplo histórico de ello puede hallarse en Palme y Altez, 2002, acerca de los terremotos de los Andes venezolanos en 1674), el *post-desastre*, o sea, la forma a través de la cual la sociedad afectada absorbe el impacto y sufre los efectos, *es la expresión del alcance en el tiempo y en el espacio de su vulnerabilidad*. En el caso de Vargas, en Venezuela, este alcance ha sido extenso y perdurable. Se trata de un *post-desastre* en pleno vigor y que hace mucho más sensible la fragilidad de las respuestas frente a eventos que bien podrían ser manejados exitosamente.

Es notorio, asimismo, que un evento de esa magnitud (como generalmente sucede), logre grabar una impronta dramática en quienes lo vivieron. Es a eso a lo que se le puede llamar ‘recuer-

do’ de la tragedia: continúa siendo un ‘hecho sensible’ a todos los sobrevivientes; alimentar la *memoria* de las comunidades expuestas al retorno de este fantasma, depende de dejar de verle como tal, y comenzar a comprender, también, que no se trata del único *hecho terrible que tiende a repetirse*. El primer paso para reducir la vulnerabilidad se haya en hacer concientes los riesgos con los que convive la sociedad. En esa dirección debería estar apuntando la toma de decisiones de las autoridades competentes. Mientras esto no se disponga de esta manera, los desastres continuarán escribiendo la historia de la región y borrando la memoria de la sociedad.

Referencias citadas

- ALTEZ, R. 2005a. *Acerca de las lluvias del 8 al 10 de febrero de 2005 en el este del estado Vargas*. **Boletín de Historia de las Geociencias en Venezuela**, 96:3-36.
- ALTEZ, R. 2005b. *Piedra sobre piedra. Reflexiones acerca de las lluvias en el estado Vargas en febrero de 2005 desde Camurí Chico*. **Boletín de Historia de las Geociencias en Venezuela**, 97:3-27.
- ALTEZ, R. 2002. *De la calamidad a la catástrofe: aproximación a una historia conceptual del desastre*. FUNVISIS, Serie Técnica N° 1-2002, Edición Especial dedicada a las Memorias del III Coloquio sobre Microzonificación Sísmica y de las III Jornadas de Sismología Histórica, pp. 169-172.

- ALTEZ, R. 2000. Desastres y conocimiento; breve ensayo sobre la mirada histórica de la sismología, en: **Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI**. J. A. RODRÍGUEZ, comp. Academia Nacional de la Historia-Comisión de Estudios de Postgrado-Facultad de Humanidades, UCV, Caracas, pp. 453-474.
- AMODIO, E.; NAVARRETE, R. y RODRÍGUEZ, C. 1997. **El camino de los españoles**, Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- ANÓNIMO. 5-nov-1817. *Guaira*, **Gaceta de Caracas**, Caracas, N° 157:1221.
- AUDEMARD, F. 2002. *Ruptura de los grandes sismos históricos venezolanos de los siglos XIX y XX revelados por la sismicidad instrumental contemporánea*. XI Congreso Venezolano de Geofísica, Caracas, 17 al 20 de noviembre, 8 pp. (Resumen extendido en CD-ROM).
- CENTENO GRAÜ, M. 1969. **Estudios Sismológicos**. Academia Nacional de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Talleres Tipo-Litográficos de la Dirección de Cartografía Nacional, Caracas, segunda edición.
- COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA EL ESTUDIO DEL SISMO. 1978. *Segunda fase del estudio del sismo ocurrido en Caracas el 29 de julio de 1967*. Ministerio de Obras Públicas, FUNVISIS, 2 volúmenes. Informe Técnico.
- CUNILL GRAÜ, P. 1987. **Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX**, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.
- DÍAZ, J. D. 21-mayo-1817. *A los autores y agentes del 19 de abril*, **Gaceta de Caracas**, Caracas, N° 132:1027-1034.
- DUANE, W. 1968. **Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823: de Caracas y La Guaira a Cartagena, por la cordillera hasta Bogotá, y de aquí en adelante por el río Magdalena**. Instituto Nacional de Hipódromos, Caracas.
- GARNER, H. F. 1959. *Stratigraphic sedimentary significance of contemporary climate and relief in four regions of the Andes Mountains*, **Bulletin of the Geological Society of America**, Vol. 70:1327-1368.
- GONZÁLEZ DÁVILA, M. 1784. Relación individual de las obras provisionales ejecutadas en las plazas de La Guaira y Puerto Cabello con motivo de la guerra. Caracas, 10-feb-1784. En: AMODIO, E.; R. NAVARRETE y RODRÍGUEZ, C. 1997, **El camino de los españoles**, Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas, pp. 160-164.
- GRASES, J.; ALTEZ, R. y LUGO, M. 1999. **Catálogo de sismos sentidos o destructores: Venezuela, 1530/1999**. Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales/Facultad de Ingeniería, UCV, Caracas.
- HERRERA, R.; SILVA, C.; ESPAÑA, J.; GAMARRA, L. y PAREDES, A. 2000. *Vargas 1999 y el surgimiento de un nuevo paradigma en la defensa civil de Venezuela. De la atención de la emergencia a la gestión del riesgo*. Jornadas de Investigación de la Facultad de Ingeniería de la UCV, Caracas, Libro de Resúmenes, p. 578.
- HUMBOLDT, A. von. 1956. **Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente**. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas.
- KER PORTER, Sir R. 1997. **Diario de un diplomático británico en Venezuela, 1825-1842**. Fundación Polar, Caracas.

- LANDAETA ROSALES, M. 11-jul-1900. *Tempestades, crecientes, inundaciones y huracanes notables en Venezuela desde 1798*, **La Restauración Liberal**, Caracas, pp. 2-3.
- LÓPEZ, J. L.; HERNÁNDEZ, D. P.; GARCÍA-MARTÍNEZ, R. y SHUCHENG, Z. 2000. *Evaluación hidrometeorológica de los aludes torrenciales de diciembre de 1999 en Venezuela*, Jornadas de Investigación de la Facultad de Ingeniería de la UCV, Caracas, Libro de Resúmenes, p. 594.
- MALDONADO-BORGOIN, C. 1997. **Ingenieros e ingeniería en Venezuela, siglos XV al XX**. Grupo de Empresas Tecnocult, Caracas.
- MARTIN, von K. 1888. **Bericht ubre eine reise nach Niederländisch West-Indien und darauf gegründete studien**. Leiden, E. J. Brill, Tomo I.
- OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (OCEI), 1997. *Proyecciones para 1999*, **Boletín estadístico**, Caracas.
- PALME, C., y ALTEZ, R. 2002. *Los terremotos de 1673 y 1674 en los Andes venezolanos*. **Interciencia**, Caracas, Vol. 27 (5):220-226.
- REVEL, S. 2004. *Reconstruction après une catastrophe naturelle au Venezuela: îles territoires de l'oubli?* Comunicación al Simposio de Investigadores de la Ecole Doctorale ED122 de l'Université de Paris 3 – Sorbonne Nouvelle, Paris, 16 de Junio.
- RÖHL, E. 1949. *Los diluvios en las montañas de la cordillera de la Costa*. **Boletín de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales**, Caracas, Año 15, Tomo 22, N° 38:34-59.
- ROMERO, G. y MASKREY, A. 1993. Cómo entender los desastres naturales. En: A. MASKREY (ed.), **Los desastres no son naturales**. LA RED, Bogotá, pp. 6-10.
- SCHMITZ, M.; CRAGNO, A.; ROMERO, M. y MALAVÉ, G. 2001. *Investigaciones geofísicas en el estado Vargas, Venezuela*, Taller Internacional: Estudios de métodos y acciones para contrarrestar los efectos producidos por terremotos en Caracas (1990-2001), FUNVISIS, Serie Técnica N°1:166-175.
- SCHMITZ, M.; MALAVÉ, G.; LA CRUZ, A.; CAVADA, J.; ORIHUELA, N.; AUDEMARD, F.; KANTAK, P. y DÍAZ, M. 2000. *Determinación de la geometría de los conos aluviales en el estado Vargas con métodos geofísicos y geológicos*. X Congreso Venezolano de Geofísica, Caracas, 2 al 5 de abril, CD-ROM, 8 p.
- SCHONEICH, P. 2001. Risques naturels, espace vécu et représentations: le nécessaire décodage de la mémoire. En: **Histoire et mémoire des risques naturels**, René Favier et Anne Marie Granet-Albisset (dir.), Grenoble, MSH-Alpes, 282 p.
- SINGER, A. 1977. *Síntesis regional de la evolución geomorfológica de la cordillera de la Costa en el área de Caracas*. V Congreso Geológico Venezolano, Caracas, Excursión N° 1.
- STOCKHAUSEN, H.; F. AUDEMARD; RODRÍGUEZ, J. A. y MORENO, D. 2001. *Descripción de los fenómenos de inestabilidad de laderas ocurridos en Venezuela en diciembre de 1999*, V Simposio Nacional Sobre Taludes y Laderas Inestables, Madrid, V-II: 809-820.

- URBANI, F. y OSTOS, M. 1989. El complejo Ávila, cordillera de la Costa, Venezuela. **GEOS**, N° 29:205-215.
- URBANI, F. 2002. *Geología del macizo del Ávila y adyacencias, estado Vargas, Miranda, Aragua y Distrito Capital*. En: ALTEZ, R.; RODRÍGUEZ, J. A.; URBANI, F.; DELGADO, J. y M. SCHMITZ, *Riesgos ambientales urbanos y vulnerabilidad en Caracas y el estado Vargas. Aludes como fuente de riesgo, presente y pasado*. Guía de Campo, III Coloquio sobre Microzonificación Sísmica y III Jornadas Venezolanas de Sismología Histórica, Caracas, 15 al 20 de julio, FUNVISIS, p. 11.
- WILCHES-CHAUX, G. 1993. La vulnerabilidad global, en: A. MASKREY (ed.), **Los desastres no son naturales**. LA RED, Bogotá, pp. 11-44.